

LA PRACTICA DEL CRISTIANISMO EN "SURCO"

JOSÉ MORALES

Las coordenadas de un libro

Son muchos los hombres y mujeres que se preguntan actualmente con alguna frecuencia si existen entre sus contemporáneos personas capaces de ser para la sociedad y el mundo en el que habitan una voz crítica y a la vez amable, una voz correctora y, sin embargo, estimulante.

Es ésta una función de la que nunca han podido prescindir completamente las comunidades humanas. Asumida de modo espontáneo en tiempos no lejanos por literatos y poetas y entregada de hecho más tarde a políticos y personajes públicos, ha venido en épocas más recientes a ser tarea reconocida a los filósofos, como hombres que por saber distanciarse de sí mismos podían estar en excelentes condiciones de emitir un juicio orientador sobre conductas habituales y actitudes humanas últimas.

Aparte las limitaciones de estos planteamientos y los desencantos producidos en pueblos y naciones por un sin fin de voces presuntamente autorizadas, cabe decir hoy con mucha probabilidad de acertar que la tarea vital de guiar a una humanidad que no se deja guiar fácilmente recae cada vez en mayor medida sobre los que podríamos llamar hombres y mujeres del espíritu.

Son individuos que la Providencia suscita a modo de luces para una o más generaciones, personas que llevan la antorcha iluminadora al mismo tiempo que caminan junto a sus iguales. Son y se sienten como los demás y, sin embargo, llevan sobre ellos, con esfuerzo muchas veces inadvertido por otros, el peso del mundo. Parecen en ocasiones gente enviada por Dios para contradecir con su vida y con sus palabras los errores y los gestos desafiantes con los que los hombres rinden culto, de modo diferente según los tiempos, al espíritu mundano que les aparta de su destino definitivo.

Pero su misión de denuncia es menos importante que su función positiva de construir y levantar. Son verdadera conciencia de la sociedad en medio de la que viven y a la que pueden enjuiciar con un juicio que no es meramente estético ni hecho desde la teoría, sino lleno de compasión, compromiso y calor.

Estos hombres y mujeres son como la evidencia popular de la verdad del Cristianismo y representan un signo ellos mismos de que Dios nunca abandona a la humanidad.

Quien piense, por ejemplo, en Madre Teresa entenderá fácilmente el sentido de estas consideraciones. Teresa de Calcuta significa la luz y el consuelo del Evangelio proyectado sobre el dolor y la miseria humanos que se asocian a la ciudad donde por amor de Dios comenzó su servicio a los más pobres de los pobres, pero que están presentes en todos los rincones del orbe.

“Dichosos los que lloran porque ellos serán consolados” (Mt 5, 5). La acción y la palabra de esta mujer ilustran hoy el núcleo del sermón programático del Reino y lo encarnan a los ojos de muchos.

Si Madre Teresa traduce el carisma arrollador de un Espíritu que nunca se extingue ni cesa de comunicarse y que siempre sorprende y atrae a los hombres de buena voluntad, el Papa Juan Pablo II desarrolla en el plano de su alto oficio pastoral una acción impregnada por el mismo Espíritu de Dios, y puede afirmarse, sin violentar el sentido de las palabras, que hace compañía desde muy cerca a todos los seres humanos que escuchan su mensaje con respeto o miran su figura y sus gestos con afecto o sana curiosidad.

Son, en fin, muchísimos los cristianos que, escondidos en mayor o menor medida a los ojos del mundo, ofrecen con sencillez un testimonio de vida según el Evangelio y ayudan a que sus semejantes descubran los auténticos valores de la existencia.

El estilo de SURCO

La figura de Josemaría Escrivá de Balaguer, fallecido en junio de 1975, es de sobra conocida dentro y fuera del ámbito de la Iglesia. Ya no se encuentra físicamente entre nosotros, pero su memoria pervive en sus obras, se refleja en incontables hombres y mujeres que le reconocen una paternidad espiritual, y permanece en el ánimo de todos los que, atraídos por la fama de su santidad, acuden a Dios apoyados en su intercesión. Josemaría Escrivá de Balaguer es un hombre del espíritu para nuestro tiempo, que es una época de plagas dramáticas, necesidades ardientes y anhelos profundos.

[2]

La atención a menesteres y trabajos más urgentes no permitió a Monseñor Josemaría Escrivá llevar a cabo en vida la edición de *Surco*. Este libro de vibrantes sugerencias y pensamientos que invitan de lleno a la acción ha sido publicado finalmente en 1986 y es ya una obra que puede considerarse incluida en el canon de los libros que un hombre y una mujer modernos deberían leer.

Muy representativo de la espiritualidad que el autor vivió y diseminó por continentes enteros, *Surco* es en su estilo predominantemente lacónico y en su propuesta de un modo de vida cristiano y secular, una prolongación y en ocasiones un comentario de *Camino*. No es éste el lugar para establecer la relación precisa que existe entre *Camino* y *Surco*. Pero resulta oportuno observar que ambos proceden de la misma fuente y que esta circunstancia nos habla de un espíritu tan actual en 1988 como lo era en 1939 y años anteriores.

“*Surco* es fruto de la vida interior y de la experiencia de almas de Monseñor Escrivá de Balaguer. Está escrito con la intención de fomentar la oración personal” (p. 16). Con estas palabras esboza Mons. Alvaro del Portillo, Prelado del Opus Dei, una aproximación a la naturaleza y fines de este libro que, con un rico contenido autobiográfico fácil de adivinar en cada página, va dirigido sobre todo a la persona cristiana, nunca contemplada en solitario sino activa en medio de una sociedad para la que debe ser sal y levadura evangélicas.

Intimo pero no intimista, *Surco* ofrece una lograda unidad hecha desde dentro. No es una mera colección de capítulos o temas diversos. El conjunto obedece a un único impulso.

Está construido sobre un bastidor interno que da coherencia a la obra y comunica entre sí todas y cada una de sus partes.

El individuo cristiano que tiene una llamada o vocación a la eternidad y que debe realizarlas precisamente en su paso por el tiempo, es el asunto central de estas páginas. Aquí no se trata de recuperar la tierra, porque la tierra nunca se ha perdido. Se trata en cambio de que la tierra y el mundo se aproximen al cielo a través del corazón y la mente gozosos de un hombre regenerado y consciente de su destino. “Se han olvidado muchos —escribe el autor— de que el Señor nos ha colocado, en este mundo, de paso hacia la felicidad eterna; y no piensan que sólo podrán alcanzarla los que caminen, por la tierra, con la alegría de los hijos de Dios” (n. 305).

Surco no es un libro defensivo. Se ocupa por así decirlo en sacar el Cristianismo a la calle. Porque piensa el autor con buenos

[3]

motivos que el Evangelio continúa inédito en muchas latitudes del globo terrestre, ambientes de la sociedad y rincones del corazón humano. Contiene tal vez por eso un mensaje que no es sólo declarativo sino también cordialmente provocador. Se trata de que el hombre caduco abandone sus posiciones vetustas, derrotistas y cómodas, de que el cristiano renueve la conciencia de su identidad y no sucumba ante los espejismos de una cultura secularizada.

Monseñor Escrivá de Balaguer habla en tono confidencial. "Atrévete a saber", se decía en el siglo de las luces. *Surco* acepta lo mejor de esta exhortación porque sus páginas no son un manifiesto lucífugo. Pero completa el consejo para sugerir al lector que se atreva también a ser él mismo, que se decida a encararse con las cuestiones fundamentales de la existencia, en las que nadie puede sustituirle o hacer sus veces.

El libro entero quiere ser una conversación con el lector, un diálogo abierto generador de orientación, claridad y estímulo, en el que puede formularse cualquier pregunta si no es con respuesta pagada, cualquier interrogante sincero, cualquier duda honesta.

Surco está hecho no sólo de palabras expresas, sino también de silencios. El lector debe ser consciente de que con ayuda de este libro se sitúa junto a Jesús de Nazaret, el Maestro único y siempre vivo, cuya voz ha de escuchar con calma atenta, si quiere entender. Debe realizar un trabajo personal de meditación y reflexión, un trabajo sereno, paciente y propio de quien sabe que algunas palabras y asuntos fundamentales no se pueden comprender inmediatamente, ni con las propias luces.

Monseñor Escrivá de Balaguer ha escrito también su obra para aquellos hombres y mujeres cuyos deseos de mejora espiritual les impulsan al cambio interior y a la acción externa con una justificada y loable impaciencia que es signo de esencial juventud. Es la prisa por acercarse a Dios y el afán de no retrasar la conversión necesaria. Con esa impaciencia se ve impelido Jesús al desierto para ser tentado por Satanás y prepararse para su misión (cfr. Mc 1,12); de este modo salen las muchedumbres al encuentro del Señor y se agolpan en torno a El para oírle y ser curadas de sus dolencias del cuerpo y del alma (cfr. Mc 1,3); así corren también Pedro y Juan hacia el sepulcro, sin perder un instante, para conocer la Resurrección salvadora de su Señor (cfr. Juan 20,4).

Nos encontramos en fin ante una obra que, como la fe cristiana, es humana, sobrenatural y razonable. Estas son también algunas de las notas internas del mensaje contenido en *Surco*. ¿Hay algo más humano que recordarle enérgica y afectuosamente al hom-

bre olvidadizo, que es un ser moral con un porvenir eterno? ¿Y no resulta igualmente necesario decirle que no puede solucionar sin ayuda divina los asuntos básicos y que más importan en su existencia?

Cada lector de *Surco*, símbolo de la humanidad entera, reforzará en su alma lo que ya sabía o al menos sospechaba: que su vida no es un recorrido aséptico y sin rumbo hacia la extinción sino un camino que le exige continuamente elegir entre el bien y el mal. Son verdades elementales que todos los hombres necesitamos oír repetidas de vez en cuando.

Llamada vocacional

"Entresacadas de su amplia experiencia de almas, las consideraciones del Fundador del Opus Dei hacen desfilar en este libro un conjunto de cualidades que deben relucir en la vida de los cristianos" (p. 18). En *Surco* hay una experiencia —la del autor— que habla a otra experiencia —la de cada uno de los lectores. Con luz de Dios, esfuerzo personal heroico y dolor, Monseñor Escrivá de Balaguer ha abierto un camino nuevo en el seguimiento de Jesucristo y está en condiciones de ayudar a que otros muchos lo recorran también en medio de las ocupaciones de la vida ordinaria.

El primer paso es tomar conciencia de la propia vocación cristiana. Es éste el inicio de un proceso interior creativo llamado a liberar y hacer fecundas extraordinarias energías dentro y fuera de la persona. No se trata, sin embargo, de una autoiluminación. No es el simple despertar espontáneo e inexplicable de la conciencia subjetiva. Este proceso es correlativo a una iniciativa real que ocurre primero fuera de nosotros. Es la respuesta a la invitación inesperada y sorprendente de Jesús que viene.

El cristiano ha de redescubrirse a sí mismo como discípulo de Jesús el Cristo y responsable por lo tanto —aquí y ahora— de un cometido urgente. "Son muchos los cristianos persuadidos de que la Redención se realizará en todos los ambientes del mundo, y de que debe haber algunas almas —no saben quiénes— que con Cristo contribuyen a realizarla. Pero la ven a un plazo de siglos, de muchos siglos...: serían una eternidad, si se llevara a cabo al paso de su entrega.

"Así pensabas tú, hasta que vinieron a 'despertarte'" (n. 1).

He aquí las palabras iniciales de *Surco*, que declaran el tema central de toda la obra, a saber, la impregnación evangélica y salvadora del mundo como tarea vocacional del cristiano. Los hom-

bres y mujeres que han sido bautizados en Cristo deben reestrenar su vocación.

La redención sobreabundante —*copiosa redemptio* (Salmo 129, 7)— que tan generosamente ha realizado Jesús deja sitio para que muchas personas elegidas le sigan y cooperen con El en la salvación de sus hermanos, a la vez que procuran la suya propia. “La llamada del Señor —la vocación— se presenta siempre así: ‘si alguno quiere venir detrás de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame’.

“Sí: la vocación exige renuncia, sacrificio. Pero ¡qué gustoso resulta el sacrificio —‘gaudium cum pace’, alegría y paz—, si la renuncia es completa!” (n. 8).

La vocación del cristiano es ante todo llamada personal a la vida eterna y a la salvación —llamada ciertamente divina, porque solamente Dios puede salvar—, pero es también una invitación perentoria a la colaboración con Cristo para que todos se salven.

La vocación convierte así al cristiano en un ser para los demás. Lo recuerda Monseñor Josemaría Escrivá cuando escribe: “Profundiza cada día en la hondura apostólica de tu vocación cristiana.— El levantó hace veinte siglos —para que tú y yo lo proclamemos al oído de los hombres— un banderín de enganche, abierto a todos los que tienen un corazón sincero y capacidad de amar... ¡Qué llamadas más claras quieres que el ‘ignem veni mittere in terram’ —fuego he venido a traer a la tierra—, y la consideración de esos dos mil quinientos millones de almas que todavía no conocen a Cristo!” (n. 211).

Profundizar en la hondura de la vocación significa entre otras cosas prepararse para descubrir que las visitas que Dios hace a nuestras vidas no son única ni principalmente la respuesta divina a una pragmática petición de ayuda por parte nuestra. El Señor excede siempre nuestras previsiones y las demandas que le hacemos y se nos hace presente en la existencia con novedades y perspectivas que nunca habríamos podido imaginar. No le hemos conjurado ni le hemos obligado a venir. Tampoco podemos señalarle el espacio o indicarle la medida dentro de los que debería derramar los bienes que trae. Cuando el Señor viene a nosotros nos visita con dones, requerimientos y tareas que exceden con mucho nuestros limitados planes.

Dios nos pide ante todo una transformación interior con la que probablemente no contábamos. Tal vez la creíamos ya obrada en nosotros o la juzgábamos una meta imposible. Las palabras de *Surco* resultan, sin embargo, contundentes: “No todos pueden llegar a ser

ricos, sabios, famosos... En cambio, todos —sí, ‘todos’— estamos llamados a ser santos” (n. 125). Se nos recuerda así un tema familiar que constituía una de las grandes novedades de *Camino*: la llamada general a la santidad. Pero aquí se añaden de manera muy explícita acentos nuevos. Leemos: “Hoy no bastan mujeres u hombres buenos.—Además, no es suficientemente bueno el que sólo se contenta con ser así...bueno: es preciso ser ‘revolucionario’.

“Ante el hedonismo, ante la carga pagana y materialista que nos ofrecen, Cristo quiere ¡anticonformistas!, ¡rebeldes de Amor!” (n. 128).

Más adelante el autor insiste: “¡A ver cuándo te enteras de que tu único camino posible es buscar seriamente la santidad!

“Decidete —no te ofendas— a tomar en serio a Dios. Esa ligereza tuya, si no la combates, puede acabar en una triste burla blasfema” (n. 650).

¿Un manifiesto de rebeldía? Podríamos sin exageración describir así la naturaleza paradójica de este libro mil veces pacífico, no para sugerir la actualidad de su mensaje mediante una ingenua asimilación a otras proclamaciones arrogantes y violentas de nuestros días. Lo haríamos más bien para referirnos al “radicalismo evangélico” que *Surco* proclama y que pone de manifiesto, por contraste, el carácter conformista y fácil de numerosos e improvisados programas de vida que quieren pasar por exigentes y reformadores.

La misión en el mundo

Que el mensaje y las palabras de *Surco* encontrarán incompreensión puede darse por descontado. Es una reacción que confirma precisamente el sello y el carácter evangélico de sus consideraciones, así como la necesidad de hacérselas a los hombres y mujeres de esta generación. “Es inútil pretender agradar a todos. Descontentos, gente que proteste, siempre habrá. Mira cómo lo resume la sabiduría popular: ‘cuando va bien a los corderos, va mal a los lobos’” (n. 38). El mensaje cristiano siempre causará cierto escándalo e indiferencia entre los incrédulos y los tibios, igual que los creyentes serán en alguna medida incomprendidos y hasta perseguidos si tratan de ser verdaderos discípulos de Cristo. Es ésta una posibilidad que representa un *test* para la validez e importancia de lo que se anuncia, y que nunca debería desanimar al cristiano. “No basta tener razón. Además, es necesario hacerla valer..., y que los otros quieran reconocerla.

“Sin embargo, afirma la verdad siempre que sea necesario, sin detenerte por el ‘qué dirán’” (n. 243).

Muchos que resisten palabras normales y en apariencia simplemente humanas, porque son escritas o pronunciadas por hombres de carne y hueso como ellos, levantan en realidad un obstáculo a la operación de la gracia en sus corazones. El autor se refiere a este dramático hecho cuando escribe: ‘Aure audietis, et non intelletis: et videntes videbitis, et non perspicietis’. Palabras claras del Espíritu Santo: oyen con sus propios oídos, y no entienden; miran con sus ojos, pero no perciben.

¿Por qué te inquietas si algunos, ‘viendo’ el apostolado y conociendo su grandeza, no se entregan? Reza tranquilo, y persevera en tu camino: si esos no se lanzan, ¡otros vendrán!” (n. 31).

Si el cristiano que *Surco* contempla no es desde luego un monje retirado de la compañía y de las ocupaciones de los hombres, tampoco es un individualista que vive en la tierra para sí mismo. La espiritualidad que *Surco* propone —como lo hace también *Camino*— es una espiritualidad para hombres y mujeres que viven en el mundo y que justamente por ser y sentirse cristianos no quieren abandonarlo. El mundo es para ellos el mejor lugar, el único lugar, que tienen y que desean tener para servir a Dios y a los demás. “La verdadera oración —dice el autor—, la que absorbe a todo el individuo, no la favorece tanto la soledad del desierto, como el recogimiento interior” (n. 460).

Es cierto desde luego que un libro como éste, que se inspira en los valores absolutos del Evangelio, puede ser leído y meditado con enorme provecho por cualquier cristiano, sea cual sea el camino que haya elegido para vivir su vocación de bautizado. *Surco* no es, no podía ser, en este sentido un libro especializado, dado que apunta básicamente a la transformación del hombre en Jesucristo. Pero la teología afirmativa que contiene acerca de un mundo creado bueno por Dios, y que debe llegar todavía a su plenitud mediante la operación humana, lo hacen particularmente apto para las muchedumbres de hoy que desarrollan una tarea terrena con una mente secular.

Dice el autor: “Ayúdame a pedir una nueva Pentecostés, que abrase otra vez la tierra” (n. 213). Hay que hacer presente al Espíritu de Dios en todos los caminos del mundo. El milagro de las lenguas debe continuarse y ensancharse. Si cualquier idioma humano permitió desde entonces entender a Dios y expresarle, deben hacerlo también ahora las variadas ocupaciones y actividades de los

cristianos y hombres de buena voluntad. La obra vivificadora del Espíritu Santo continúa en la Iglesia y en toda la faz de la tierra.

“La maravilla de la Pentecostés —escribe Mons. Escrivá de Balaguer— es la consagración de todos los caminos: nunca puede entenderse como monopolio ni como estimación de uno solo en detrimento de otros.

“Pentecostés es indefinida variedad de lenguas, de métodos, de formas de encuentro con Dios: no uniformidad violenta” (n. 226).

Consciente de que el camino hacia el cielo pasa por las muchas posibilidades que ofrece la tierra, el cristiano debe aprender a vivir en el mundo sin ser del mundo. “Tu vocación de cristiano te pide estar en Dios y, a la vez, ocuparte de las cosas de la tierra, empleándolas objetivamente tal como son: para devolverlas a El” (n. 295). En la teología cristiana, lo finito no es aniquilado por lo infinito, la prevención hacia lo mundano no se pervierte en deprecio hacia el mundo, el hacer las cosas por Dios no se opone a hacerlas por sí mismas. Lo malo no es que estemos en el mundo sino que el mundo esté en nosotros cuando se declara enemigo de Dios o de hecho se comporta como si lo fuera.

Al servicio de Dios y del hombre

El cristiano corriente necesita del mundo y de la sociedad para llegar a ser lo que debe ser según los planes de Dios, tanto como la sociedad le necesita a él para no disolverse. Existe así una misteriosa e íntima solidaridad entre el cristiano —que es por vocación sal de la tierra y luz del mundo— y la sociedad en medio de la que vive. Esta perspectiva conserva, perfecciona y transfigura los vínculos naturales que hay entre los hombres todos, que tienen un mismo origen y un mismo destino. Los cristianos están llamados a abrir los ojos de sus hermanos al sentido último de las cosas y de los acontecimientos. “Los hombres —ha ocurrido siempre en la historia— coaligan sus vidas, para cumplir una misión y un destino colectivo.

“—¿Valdrá menos, para los hombres y las mujeres de hoy, el ‘único destino’ de la felicidad eterna?” (n. 729).

Es ésta una pregunta que los cristianos podrán contestar adecuadamente —no sólo con palabras sino también con obras— si descubren el sentido de su misión y de su presencia en la tierra, y actúan en consecuencia. Las consideraciones del autor a este respecto no pueden ser más explícitas. “Deber de cada cristiano —escribe— es llevar la paz y la felicidad por los distintos ambientes

de la tierra, en una cruzada de reciedumbre y de alegría, que renueva hasta los corazones mustios y podridos, y los levanta hacia El" (n. 92).

Más adelante insiste: "No pases indiferente ante el dolor ajeno. Esa persona —un pariente, un amigo, un colega..., ése que no conoces— es tu hermano.

"Acuérdate de lo que relata el Evangelio y que tantas veces has leído con pena: ni siquiera los parientes de Jesús se fiaban de El.— Procura que la escena no se repita" (n. 251).

La gravedad del tema y lo mucho que está aquí en juego mueven al autor a usar a veces un tono de amable reproche. "Cuando tu egoísmo —dice en una ocasión— te aparta del común afán por el bienestar sano y santo de los hombres, cuando te haces calculador y no te conmueves ante las miserias materiales o morales de tus prójimos, me obligas a echarte en cara algo muy fuerte, para que reacciones: si no sientes la bendita fraternidad con tus hermanos los hombres, y vives al margen de la gran familia cristiana, eres un pobre inclusero" (n. 16).

Se trata de implantar en la tierra un nuevo tipo de solidaridad. No será únicamente la solidaridad mundanal y pragmática, que puede ser aceptable pero que en último término resulta insuficiente por el hecho de ser una solidaridad "negativa", es decir, una solidaridad edificada sobre el interés común de los hombres en no ser destruidos por las plagas modernas —la guerra, el hambre, la enfermedad, la violencia— que tan cruelmente les azotan.

Muy distinta en calidad y resultados es la solidaridad cristiana. Esta incluye la primera, pero además la extiende y plenifica con el fin de contribuir a la realización práctica y genuina de la unidad moral de la humanidad y a la consecución de su destino eterno.

"Oí otra voz que decía desde el cielo: 'Salid de ella, pueblo mío, no sea que os hagáis cómplices de sus pecados y os alcancen sus plagas'" (Apoc 18,4). Todavía no ha resonado en la tierra para los cristianos esta voz terminante y juzgadora que les manda escapar al mundo. La Iglesia está convencida, por el contrario, de que la ciudad terrena se podrá salvar precisamente por los hombres y mujeres cristianos que habitan en ella como ciudadanos y no han pensado nunca en abandonarla. Por ellos y a través de ellos salvará Dios al mundo, como quiso hacerlo con las ciudades malvadas en tiempos de Abraham. "Dijo Abraham a Yahveh: ¿no perdonarás este lugar en atención a los cincuenta justos que puede haber en él? Dijo Yahveh: Si encuentro cincuenta hombres justos dentro de

la ciudad perdonaré a todo el lugar en atención a ellos" (Gen 18, 24.26).

El cristiano se compromete con Dios a cambiar el mundo o por lo menos a esforzarse por conseguirlo. Cambiar el mundo es una meta que por desgracia resulta hoy poco atractiva a una cansada mayoría de hombres de todas las edades. Hay un derrotismo y una pereza ambientales que contagian también a muchos cristianos. "¡Es muy difícil!, exclamas desalentado". El autor responde a esta exclamación con las palabras que un creyente espera y que en el fondo quiere oír: "Oye, si luchas, con la gracia de Dios basta: prescindirás de los intereses personales, servirás a los demás por Dios, y ayudarás a la Iglesia en el campo donde se libra hoy la batalla: en la calle, en la fábrica, en el taller, en la universidad, en la oficina, en tu ambiente, en medio de los tuyos" (n. 14).

Es como una labor planetaria en extensión y hondura que el cristiano descubrirá como posible y que acometerá no como un simple idealista que persigue utopías, sino como un discípulo de Cristo, llamado a ser levadura del mundo. Sin bravuconerías ni ingenuos optimismos, el cristiano sabe ahora que debe ocupar de verdad el terreno que pisa y que el ambiente que le rodea mejorará si él mejora. Nadie puede cambiar el mundo directamente. El mundo cambia a mejor cuando cambian los hombres que lo habitan. Un mundo mejor es sencillamente un mundo compuesto de hombres y mujeres que se han hecho mejores, que oran a su Padre del cielo en lo escondido (cfr. Mt 6,6), pero que no ocultan la luz ni la esconden sino que la colocan de modo que pueda ser vista por todos (cfr. Mt 5,15).

Esta perspectiva encierra serias consecuencias para la existencia cristiana. El autor formula con vigor algunas de ellas. "Tengamos la valentía —escribe— de vivir pública y constantemente conforme a nuestra santa fe" (n. 46). "Asusta el daño que podamos producir, si nos dejamos arrastrar por el miedo o la vergüenza de mostrarnos como cristianos en la vida ordinaria" (n. 36). "No te conduzcas como ésos que se asustan ante un enemigo que sólo tiene la fuerza de su 'voz agresiva'" (n. 39).

Es preciso vencer el respeto humano, que equivale simplemente a temor vergonzoso y a un escaso sentido de la propia identidad cristiana. Los que de verdad quieren seguir a Cristo no deben albergar ningún complejo de inferioridad ante los hombres mundanos e incrédulos. "Hay algunos —dice el autor— que, cuando hablan de Dios, o del apostolado, parece como si sintieran la necesidad de defenderse. Quizá porque no han descubierto el valor de las

virtudes y, en cambio, les sobra deformación espiritual y cobardía” (n. 37).

Se nos recuerda con estas consideraciones que en el Cristianismo se respira necesariamente un aire de altura, porque el Señor no ha venido a rebajar con la Ley nueva los niveles de exigencia y la excelencia de las metas espirituales, sino más bien a elevarlos y a facilitar su cumplimiento mediante la gracia.

Se nos dice también que el cristiano no debe olvidar que Dios le acompaña en todo momento de su combate pacífico. Si los paganos podían decir que la fortuna ayuda a los fuertes —*fortes fortuna adiuvat*—, con mayor razón aún puede tomarse un creyente al pie de la letra estas palabras del autor: “No seáis almas de vía estrecha, hombres o mujeres menores de edad, cortos de vista, incapaces de abarcar nuestro horizonte sobrenatural cristiano de hijos de Dios. ¡Dios y audacia!” (n. 96). “Audacia no es imprudencia —leemos en el punto siguiente—, ni osadía irreflexiva, ni simple atrevimiento.

“La audacia es fortaleza, virtud cardinal, necesaria para la vida del alma” (n. 97).

Buen colofón de estas observaciones cargadas de exhortación y sentido común cristiano es el número 99, que dice así: “He leído un proverbio muy popular en algunos países: ‘el mundo es de Dios, pero lo alquila a los valientes’, y me ha hecho reflexionar”.

“—¿A qué esperas?”.

Por si alguien se sintiera tentado de hacer una lectura o una interpretación voluntarista de estas sentencias, hay que tener en cuenta que las actitudes que aquí se esbozan no corresponden precisamente a las del hombre arrogante sino a las del hombre humilde, que lo puede todo con la ayuda de Dios.

El impacto cristiano en el mundo debe hacerse a través de influencia personal —es decir, de persona a persona— y de un apostolado que penetre de modo capilar en todos los ámbitos y rincones de una sociedad y de un mundo que, dejados a sí mismos, tienden a mirar a Dios con indiferencia y a veces con hostilidad.

Como si fuera un vademecum para el cristiano moderno, *Surco* ayuda a redescubrir y practicar la novedad perenne del estilo evangélico, inaugurado por Jesús, de penetrar individualmente en las mentes y los corazones. La difusión personal de la Buena Nueva nunca ha perdido en la Iglesia su decisiva importancia. Puede decirse por el contrario que ha ganado actualidad y significado en unas circunstancias históricas, como las presentes, que se distin-

guen con frecuencia por la frialdad e incluso la enemiga del ambiente social respecto a la concepción cristiana de la existencia.

La Iglesia ha recordado de modo insistente a todos sus hijos en los últimos años el hecho de que tienen en sus manos la misión de extender el Evangelio, con una responsabilidad derivada de su vocación de bautizados. Es esta una visión de la actividad cristiana que —como ya ocurría en *Camino*— penetra de una manera u otra todos los puntos de *Surco*. El autor se sitúa a años luz de una visión ‘constantiniana’ en las relaciones Iglesia-sociedad, y relativiza drásticamente los valores del llamado régimen de Cristiandad.

Leemos, por ejemplo, en el capítulo “Pescadores de hombres”: “¡Qué compasión te inspiran!...Querías gritarles que están perdiendo el tiempo...¿Por qué son tan ciegos, y no perciben lo que tú —miserable— has visto? ¿Por qué no han de preferir lo mejor?”

“—Reza, mortificate, y luego —¡tienes obligación!— despiértales uno a uno, explicándoles —también uno a uno— que, lo mismo que tú, pueden encontrar un camino divino, sin abandonar el lugar que ocupan en la sociedad” (n. 182).

Monseñor Escrivá de Balaguer reitera la misma idea, ahora en términos más programáticos, cuando escribe: “Ya hace muchos años vi con claridad meridiana un criterio que será siempre válido: el ambiente de la sociedad, con su apartamiento de la fe y la moral cristianas, necesita una nueva forma de vivir y de propagar la verdad eterna del Evangelio: en la misma entraña de la sociedad, del mundo, los hijos de Dios han de brillar por sus virtudes como linternas en la oscuridad —“quasi lucernae lucentes in caliginoso loco” (n. 318).

Puede existir a veces un problema de lenguaje, con los obstáculos que de él se derivan para la comunicación personal. La Iglesia y su teología lo han percibido sobradamente, lo tienen muy en cuenta y tratan de que el modo de proponer el mensaje cristiano responda lo mejor posible a la experiencia y a los interrogantes concretos de los hombres y mujeres a los que hablan.

El apostolado capilar que han de desarrollar personalmente los cristianos con aquellos que les rodean por motivos familiares, profesionales, cívicos, etc., atenúan en gran medida muchas de estas dificultades hermenéuticas. Porque la relación directa mantenida normalmente por un tiempo permite la entrega del mensaje evangélico de un modo prudente, gradual, oportuno y matizado, de manera que sin ignorar por un momento la libertad y dignidad del que escucha, se le haga entender la verdad que es Cristo y la urgencia de la conversión.

Incumbe en cualquier caso al cristiano la tarea de hacerse comprender. "Algunos no saben nada de Dios..., porque no les han hablado en términos comprensibles" (n. 941). "No llegas a la gente, porque hablas un 'idioma' distinto. Te aconsejo la naturalidad.

"¡Esa formación tuya tan artificial!" (n. 203).

Sin la pretensión de tratar con detalle un asunto tan delicado como es el modo cristiano de dialogar con los hombres y mujeres de este tiempo lleno de paradojas, el autor siente la necesidad de mencionarlo, porque la capacidad de hablar con sentido a sus hermanos es una prueba de que el cristiano conserva pura y ha hecho crecer dentro de él la fe que recibió en el Bautismo, y que no ha convertido la doctrina evangélica —que es también vida— en una mera construcción intelectual teórica o en una ideología.

Teología pública

Quien ha entendido la dirección de pensamiento de *Surco* y tomado bien el pulso a sus páginas advertirá pronto que la trama de este libro, que arranca de la llamada del hombre por Dios, para ocuparse luego de su transformación en Jesucristo, desemboca en una verdadera teología pública, en la que este hombre restaurado por la gracia y testigo de su fe tiene un lugar central. Esta dimensión pública o social de los valores evangélicos no podía faltar en una obra que presenta una espiritualidad profundamente atenta a la esencia histórica de lo cristiano y se manifiesta solidaria con el camino abierto y difícil de la humanidad.

Puede decirse que la temática sembrada en todos los capítulos del libro gira básicamente en torno a dos cuestiones: la religión y la vida creyente como bienes perennes e imprescindibles para edificar y mantener la ciudad terrena, y la implantación de los grandes valores públicos del Reino de Dios, a lo largo y a lo ancho del universo humano.

La religión no es asunto meramente individual, sino que pertenece también al bien común temporal de la sociedad. Es un problema *político*, en el sentido más noble y genuino del término. De otro lado, es evidente que la esencia misma del Evangelio no permite ser privatizada, porque en tal caso se le haría inusitada violencia y habría que renunciar a la vigencia global y externa de la paz, la justicia, la libertad, la verdad y la misericordia en el mundo redimido por Jesucristo. En estas coordenadas tiene que manifestarse y crecer la existencia del cristiano. Fuera de ellas quedaría incompleta cualquier práctica del Cristianismo digna de ese nombre.

[14]

Si resulta evidente la importancia de proclamar la honda relación y pertenencia mutua de religión y vida bajo un punto de vista personal, parece crucial entonces considerar también a la religión, en la teoría y en la práctica, como uno de los elementos o factores decisivos en la evolución y mantenimiento de la sociedad y de la convivencia armónica entre los hombres. Con un origen que es anterior en varias décadas a su aparición editorial en 1986, *Surco* desarrolla principios que se encuentran recogidos en las enseñanzas del Concilio Vaticano II.

El pensamiento de Mons. Escrivá de Balaguer se muestra beligerante respecto a la omnipotencia jurídica de un Estado que puede fácilmente caer en la tentación de no respetar los derechos naturales que la religión y la Iglesia ejercen para el bien del hombre. *Surco* toma partido asimismo, en otro plano, contra las pretensiones ilegítimas de la conciencia individualista, que quiere usurpar con frecuencia el lugar que únicamente corresponde a la Ley de Dios.

Se trata de dos cuestiones de principio que deben valorarse sobre todo por los puntos afirmativos que defienden: la libertad de la Iglesia y el espacio que, sin privilegios, necesita para desempeñar su misión; y la dignidad religiosa y moral de todos los ciudadanos, católicos y no católicos. *Surco* representa en este sentido una excelente contribución a la recepción e implantación en el mundo de doctrinas centrales del reciente Concilio, que suponen un programa bien definido para la Iglesia y los cristianos, y una gran esperanza para toda la humanidad.

"No se puede separar la religión de la vida, ni en el pensamiento, ni en la realidad cotidiana" (n. 308). Estas palabras equivalen a una declaración de principios que deriva del mismo ser de las cosas. No es una idea sino un hecho. No es una noción urdida por la mente, sino algo que cualquier hombre sensato encuentra en la realidad de la existencia situada en el mundo.

El autor es consciente, sin embargo, de que esta afirmación presenta, en caso de permanecer aislada, una neutralidad peligrosa, porque, apoyados en ella, Estados soberanos y gobernantes le han disputado frecuente y envidiosamente a la Iglesia el alma de la sociedad. Testigos de ello son los laicismos medievales y modernos, el ostracismo de la Iglesia en los países totalitarios, y los recientes conflictos en naciones africanas, donde se declara imposible la coexistencia de dos autoridades —religiosa y civil—, suprema cada una de ellas en su propia esfera. El César no pierde la costumbre de pedir al cristiano lo que éste debe solo a Dios, y lo hace por

[15]

animosidad hacia la religión o por celo y temor de ver comprometidos sus derechos legítimos.

En saludable tensión con las palabras del citado número 308, se afirma en el libro un principio complementario, que procede también de la vida y proclama ahora la compatibilidad radical de las esferas religiosa y civil de la sociedad. Estos dos ámbitos diferentes no sólo son inseparables sino también absolutamente compatibles. Dice el autor: "No es verdad que haya oposición entre ser buen católico y servir fielmente a la sociedad civil. Como no tienen por qué chocar la Iglesia y el Estado, en el ejercicio legítimo de su autoridad respectiva, cara a la misión que Dios les ha confiado.

"Mienten —¡así: mienten!— los que afirman lo contrario. Son los mismos que, en aras de una falsa libertad, querrían 'amablemente' que los católicos volviéramos a las catacumbas" (n. 301).

La gravedad de lo mucho que está en juego y el carácter polémico que ha llegado a alcanzar la cuestión por la agresividad de los enemigos de la Iglesia, explican la severidad de las expresiones con las que el autor desea transmitir unas verdades que le llenan todo el espíritu. Desgraciadamente existen todavía guerras encubiertas de religión y sectarismos con los que resulta muy difícil dialogar. Importa sumamente entonces que el cristiano conozca bien el terreno que pisa y que, sin hacerse demasiadas ilusiones de cambios repentinos en la situación límite que padecen a veces la Iglesia y los valores evangélicos, se disponga a desempeñar el papel que le corresponde.

Este cristiano de hoy no es un nuevo Quijote ni un abogado de causas perdidas, porque a la vista están tanto la juventud permanente de la Iglesia como la actualidad de la vida y del mensaje del Evangelio, único capaz de salvar al mundo. "La perenne vitalidad de la Iglesia Católica —leemos— asegura que la verdad y el espíritu de Cristo no se alejan de las diversas necesidades de los tiempos" (n. 319).

Es cierto que, en definitiva, se impondrá dentro del mundo la verdad cristiana. Es éste un hecho último que se anuncia y se anticipa a lo largo de los siglos con presagios de bien que la Providencia siembra por todas partes durante el transcurso de la historia. Pero el desenlace positivo exige aquí y ahora el trabajo y el sacrificio de los hombres y mujeres que llevan y son ellos mismos la semilla evangélica. La vida según Cristo tiene en este mundo carácter de combate. " 'Miles'-soldado, llama el Apóstol al cristiano".

[16]

"Pues, en esta bendita y cristiana pelea de amor y de paz por la felicidad de las almas todas, hay, dentro de las filas de Dios, soldados cansados, hambrientos, rotos por las heridas..., pero alegres: llevan en el corazón las luces seguras de la victoria" (n. 75).

El Señor pone a prueba en nosotros las virtudes que nos concede. Quiere que hagamos operativas las convicciones y las gracias que nos ha dado. El cristiano ha de sentirse solidario de los avatares terrenos que sufre la Iglesia y no permitir la hegemonía de las fuerzas que se oponen a Dios en el mundo. Aunque estas fuerzas no pasan de ser y de comportarse como simples parásitos del bien, son capaces sin embargo de retrasar la llegada de la justicia y de la verdad.

"No podemos cruzarnos de brazos —escribe el autor— cuando una sutil persecución condena a la Iglesia a morir de inedia, relegándola fuera de la vida pública y, sobre todo, impidiéndole intervenir en la educación, en la cultura, en la vida familiar...

"No son derechos nuestros: son de Dios, y a nosotros, los católicos, El los ha confiado... ¡para que los ejercitemos!" (n. 310).

Hacia una cultura de la compasión

Pero la tarea más importante de los creyentes no es tanto la de oponerse como la de crear. Su meta no es sobrevivir en medio de un mundo hostil. Saben que el mundo será en último término lo que sean ellos, y aunque no se imaginan a sí mismos como águilas o leones y sus intenciones no sean agresivas sino pacíficas, no olvidan que se encuentran en primera línea de un trabajo positivo y difícil. Este trabajo consiste en respetar la naturaleza y salvar la cultura, según la objetividad y la autonomía de una y de otra. No es una labor negativa, sino afirmativa. No se trata de resistir sino de hacer.

"Muchas realidades materiales, técnicas, económicas, sociales, políticas, culturales..., abandonadas a sí mismas, o en manos de quienes carecen de la luz de nuestra fe, se convierten en obstáculos formidables para la vida sobrenatural: forman como un coto cerrado y hostil a la Iglesia.

"Tú, por cristiano —investigador, literato, científico, político, trabajador...—, tienes el deber de santificar esas realidades. Recuerda que el universo entero —escribe el Apóstol— está gimiendo como en dolores de parto, esperando la liberación de los hijos de Dios" (n. 311).

[17]

La meta no es exactamente crear una *cultura cristiana*, porque la cultura es autónoma y la expresión podría sugerir además que no caben dentro del horizonte y los imperativos evangélicos diversas opciones culturales. El cristiano debe hacerse cargo de la cultura o de las culturas que ya existen y en medio de las que vive, con el fin de regenerarlas, sanearlas a partir de ellas mismas, y eliminar de ellas en la medida de lo posible las hipotecas de perversión y muerte que padecen por la operación de las fuerzas del mal.

No hay en este planteamiento concesión alguna a una visión dualista y maniquea de la realidad. Hay por el contrario la seguridad de que el mundo —naturaleza y cultura— pertenece entero a Dios y el cristiano ayuda en Cristo a devolverlo limpio a su Creador.

El hombre realista no se hace ilusiones de éxitos fáciles o rápidos en esta tarea crucial. Pero sabe que importa sobre todo ser consciente de su condición de cristiano fiel y mantener interior y exteriormente su identidad como hijo de Dios en la Iglesia: mantenerla ante los demás y mantenerla ante sí mismo. Es una actitud que reviste ahora máxima actualidad, cuando abundan los cristianos que, perdido el rumbo, confunden la voz de la conciencia con los dictados arbitrarios de un espíritu en rebeldía.

“No te entiendo —escribe el autor— cuando, hablando de cuestiones de moral y de fe, me dices que eres un católico independiente...”

“—¿Independiente de quién? Esa falsa independencia equivale a salirse del camino de Cristo” (n. 357).

Estas palabras se refieren sin duda al comportamiento y opiniones de quienes tienden a fabricarse su propio dogma y su propia moral en una reedición del libro examen. Dejan así de ser católicos verdaderos para convertirse en católicos nominales. Son hombres y mujeres que pretenden una autonomía espiritual absoluta y que se ofenden e incluso se consideran víctimas de violencia o ultraje cuando la Iglesia enseña o recuerda legítimamente su doctrina y sus principios.

Tenemos aquí una manifestación de la crisis espiritual que atraviesan bastantes cristianos de nuestro tiempo y que atenta directamente contra el ser mismo de la Iglesia.

A pesar de este lastre no es menor el compromiso de salvar al mundo desde dentro, que han contraído los verdaderos discípulos de Jesús. Dice el autor: “Esta es tu tarea de ciudadano cristiano: contribuir a que el amor y la libertad de Cristo presidan todas las manifestaciones de la vida moderna: la cultura y la economía, el

trabajo y el descanso, la vida de familia y la convivencia social” (n. 302).

Los bienes evangélicos de la paz, la justicia, la verdad y el amor no son meras ideas. Son genuino patrimonio cristiano destinado a toda la humanidad. Valen también en una versión secular, pero son insuficientes como ideales solamente profanos, e irrealizables sin la gracia y el horizonte en el que los sitúa la vida creyente. “Un hijo de Dios —escribe Mons. Escrivá de Balaguer— no puede ser clasista, porque le interesan los problemas de todos los hombres... Y trata de ayudar a resolverlos con la justicia y la caridad de nuestro Redentor.

“Ya lo señaló el Apóstol, cuando nos escribía que para el Señor no hay acepción de personas, y que no he dudado en traducir de este modo: ¡no hay más que una raza, la raza de los hijos de Dios!” (n. 303).

Surco respira en todo momento un sereno optimismo, derivado de la seguridad de la fe. El autor desea transmitir a todos sus lectores la convicción de que “después de veinte siglos, hemos de pregonar con seguridad plena que el espíritu de Cristo no ha perdido su fuerza redentora, la única que sacia los anhelos del corazón humano.

“—Comienza por meter esa verdad en el tuyo, que estará en perpetua inquietud —como escribió San Agustín— mientras no lo pongas enteramente en Dios” (n. 796).

En este libro encontrará el hombre moderno inapreciables sugerencias para vivir y hacer su propia historia.

A este hombre de carne y hueso, con sus flaquezas y debilidades, invita Dios a ser un buen hijo suyo y a crear una cultura de la compasión en la que los demás puedan sentirse libres y seguros. Es la esperanza que el autor expresa en uno de los últimos puntos cuando dice: “Si los cristianos viviéramos de veras conforme a nuestra fe, se produciría la más grande revolución de todos los tiempos... ¡La eficacia de la corredención depende también de cada uno de nosotros! —Meditalo” (n. 945).